

Sófocles

Áyax
Las Traquinias
Antígona
Edipo Rey

Introducción, traducción y notas de
José M.^a Lucas de Dios



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1988
Tercera edición: 2013
Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la introducción, traducción y notas: José M.ª Lucas de Dios
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1988, 2023

Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-7464-3
Depósito legal: M. 3.620-2013
Composición: Grupo Anaya
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción, por José M.^a Lucas de Dios
- 57 Nota bibliográfica

- 61 Áyax
- 125 Las Traquinias
- 183 Antígona
- 247 Edipo Rey

- 321 Glosario de nombres propios

A
Conchita
José María
Arturo

Introducción

I. Marco histórico

Con frecuencia, y sobre todo a partir de Tycho von Wilamowitz, se piensa que Sófocles es esencialmente dramaturgo, un artífice de acción teatral, preocupado básicamente por armonizar una serie de elementos escénicos en un todo brillante y espectacular, con la consiguiente despreocupación por una línea ideológica en su temática.

Este enfoque tan radicalizado pienso que no es muy exacto. Es evidente que en Sófocles hay una constante preocupación por conseguir en todo momento una depurada dramaturgia en su teatro; pero de ahí a negarle una clara y precisa directriz en la función pedagógica de su producción dramática hay un gran trecho.

Sófocles, como uno más, es hijo de su época y ante ella toma una postura determinada. En su obra podemos constatar las inquietudes espirituales de su momento

histórico. Por ello, para poder abarcarlo lo más posible, es preciso tener bien presente el cuadro histórico en el que va a desenvolverse.

Precedentes

Sófocles, como luego veremos más detalladamente al tratar de su vida, nace en los albores del siglo V a.C. en Atenas, es decir, su existencia se abre a la vida a la par que el gran siglo de oro en Grecia. Es el momento del apogeo intelectual ateniense en todas sus vertientes.

Ahora bien, para comprender el inicio y posterior desarrollo de la vida espiritual de Atenas a lo largo de este siglo V a.C. es necesario lanzar una mirada retrospectiva a su situación en una época anterior. El siglo VII a.C. se va a cerrar en toda Grecia con una serie importante de conmociones sociales. La gran colonización griega va a dar lugar a una alteración del esquema económico-social hasta ese momento existente, y que consistía en la retención de todos los poderes por parte de una oligarquía aristocrática. La masa popular va a enfrentarse repetidas veces a esa minoría de clase. Atenas, a pesar de no intervenir en este primer momento colonizador con gran intensidad, no por ello se queda atrás en este proceso de política interna. Solón será el elegido como mediador entre ambas facciones en lucha, y dará paso a una constitución política que será el primer recorte importante de los poderes omnímodos de la clase aristocrática ateniense, y esto ya dentro del siglo VI a.C.

Pero lo que va a caracterizar principalmente a este siglo VI en toda Grecia será la implantación de un nuevo

estatus político: la tiranía. En un momento determinado un noble se pone al frente de las reivindicaciones del partido popular y trata de destruir las bases de la sociedad aristocrática precedente, con la consiguiente concentración de autoridad en su persona. Atenas también participa de este fenómeno generalizado en Grecia, y así vemos cómo el tirano Pisístrato, en medio de diversos acaeceres, domina la política de Atenas desde mediados del siglo VI hasta su muerte en el año 527 a.C.

A Pisístrato le suceden igualmente en calidad de tiranos sus hijos Hípias e Hiparco. Pero los dos últimos decenios de este siglo van a transcurrir en medio de una constante tensión entre la agonía de este régimen de la tiranía y la naciente democracia. Ahora bien, en Atenas esta transición se produce como resultado de una inversión de las alianzas, es decir, como un replanteamiento con fines eminentemente prácticos del esquema típico de la tiranía: los nobles, o al menos una parte de ellos, se dan cuenta de que para derrocar al tirano deben pactar con la masa popular, lo que habrá de ser el comienzo de la democracia.

Pero lo que debe quedar bien claro es que Atenas no se ve alterada en su estatus político por razones económicas o guerreras o de desarrollo ideológico, sino que se trata esencialmente de un paso basado en la visión realista de la situación presente. Por lo tanto, Atenas en este momento de entrada al siglo V es una ciudad básicamente conservadora y tradicional en todos sus aspectos, y será ahora cuando habrá de hacer frente a los grandes problemas ideológicos surgidos ya en otras colectividades. Atenas no se ve abocada al nuevo espíritu del siglo V

a resultas de haber dado una solución a los planteamientos de la nueva mentalidad. Será ya dentro de un régimen democrático cuando habrá de buscar soluciones a ellos.

Pues bien, es en este marco del naciente siglo V ateniense en el que hay que circunscribir la aparición de Sófocles. Es en este momento cuando en Atenas habrá que dar una respuesta al dilema de la relación entre la esfera divina y la humana, y dentro de esta última a la relación entre la clase de la nobleza y el pueblo, con lo que ello comporta respecto al concepto de la justicia.

Etapa contemporánea

Sófocles gozó de una larga existencia. Si situamos su nacimiento por los años 497-496, y su muerte en 406-405, vemos cómo su vida se extiende prácticamente a todo lo largo del siglo V.

Este siglo V en Atenas podemos dividirlo en tres grandes períodos desde el punto de vista histórico e ideológico. Podemos hablar en cierto modo de tres generaciones de hombres, que habrán de ir haciendo avanzar los ideales democráticos surgidos con la caída de la tiranía. Pero habrá que destacar la existencia en todo momento de una línea de clara reacción o, si queremos, democracia moderada que corre paralela a su compañera más radical. Es decir, a todo lo largo de esta empresa por la ascensión del pueblo al poder notamos siempre dos niveles: de un lado, la corriente más vanguardista e ilustrada, dentro de la cual germinarán todos los movimientos in-

telectuales más característicos de este siglo de oro ateniense, y cuyos líderes políticos serán cronológicamente Temístocles, Efilates, Pericles, Cleón. Pero, paralelamente a esta corriente, se desarrollará otra más moderada, en la que confluyen las ideas generales de este nuevo espíritu de la democracia, pero atenuadas por un mantenimiento de gran parte de los valores tradicionales. Al frente de este segundo grupo podemos colocar a Arístides, Cimón, Tucídides (hijo de Melesias), Nicias.

El primer período de los tres que mencionábamos en este siglo V se extiende hasta los años sesenta. Es la consecuencia directa del planteamiento derrocador de la tiranía, o sea, del compromiso realista y práctico, tanto por parte de la nobleza como del pueblo, por llegar a una convivencia pacífica, basada en un reparto de atribuciones que nivelase hegemonías precedentes.

Es también la etapa de la primera generación. Los hombres de este momento están convencidos de que el éxito ciudadano reside en una perfecta armonía de poderes, de que la convivencia se logrará a base de ceder unos y otros en parte de sus atribuciones. Es, por decirlo con una palabra, la generación de la concordia.

La gran figura ideológica de esta primera etapa es el trágico Esquilo. En Esquilo hay una constante tensión por alcanzar esta conciliación de los dos grupos. Esquilo se da cuenta del carácter trágico de esta pretensión, pero al final siempre es optimista y sus obras concluyen con un final feliz, o sea, con la consecución de esa armonía ciudadana. Ahora bien, para Esquilo el fundamento de este éxito es de carácter religioso: ese equilibrio de fuerzas no se debe a un acuerdo entre los hombres, sino que

reproduce un modo de actuar de procedencia divina; la legitimidad del poder y la justicia sólo se consiguen siguiendo la pauta marcada por la voluntad divina.

El paso al segundo período en este siglo V en Atenas se produce con las reformas de Efialtes en el 462. Este político del ala radical reduce considerablemente las atribuciones del tribunal del Areópago, compuesto netamente por miembros de la nobleza, lo que supone lógicamente un afianzamiento del poder popular. Efialtes es asesinado al año siguiente, Cimón es desterrado, y Pericles se hace con el poder.

Pericles es la gran figura de esta segunda etapa. Las bases de la doctrina de Pericles son la libertad, la igualdad, la prosperidad, pero todo ello basado esencialmente en el poder de la razón. El éxito en toda clase de empresas dependerá de un meditado discernimiento en las deliberaciones previas a la decisión y acción subsiguientes. Por lo tanto, ya no existe esa norma divina de conducta a la que ceñirse, que postulaba Esquilo, sino que es el propio hombre el que debe ir construyéndose su futuro por la vía del razonamiento.

En realidad, la base de estos postulados políticos nuevos está en la corriente ideológica que en este momento se desarrolla en Atenas, es decir, la sofística. Continuada de la filosofía de la naturaleza nacida en la Jonia del siglo VI, ahora en Atenas se crean unos movimientos espirituales con base eminentemente antropocéntrica. El punto central para esta ideología ilustrada es el hombre, que con la fuerza de la razón habrá de interpretar y abarcarlo todo. Esto, lógicamente, dará paso a una gran crisis moral y religiosa frente a las posturas tradicionales pre-

cedentes, basadas en una religiosidad de sometimiento absoluto a la divinidad.

Frente a esta corriente racionalista e individualista surgirá una reacción por parte de hombres con una mentalidad más tradicional, que opondrán a esta nueva ideología una postura menos optimistamente humana y más normativa. En este grupo habrá que incluir a Sófocles, aunque sobre esto volveremos más tarde al tratar directamente del aspecto ideológico de su producción dramática.

El tercer y último período de este siglo V se abre con la muerte de Pericles, al comienzo de la guerra del Peloponeso. Los dos grandes bloques ideológicos del mundo griego, el bando ateniense de un lado, democrático y progresista, el bando espartano de otro, oligárquico y reaccionario, después de una etapa de tensiones constantes, terminan por declararse en guerra abierta, y con ello da comienzo la guerra del Peloponeso. Es el año 431. Dos años más tarde, víctima de la peste declarada en Atenas, muere Pericles, lo que en realidad va a ser el comienzo del fin.

La guerra del Peloponeso condujo a la democracia griega a una situación sin salida. El ideal democrático de Pericles pasaba por una política de conciliación entre las dos grandes clases sociales. Y ello se mantuvo gracias al esplendor alcanzado en el plano de la economía. Sin embargo, ahora todo esto se va a venir abajo. La guerra supone el hundimiento económico y, con él, el moral dentro de esa unidad conseguida por Pericles. Las viejas virtudes democráticas del respeto, de la libertad, de la conciliación, del racionalismo en la deliberación son ob-

jeto constantemente de violencia. Y más aún. Esta política democrática interior experimenta un duro contraste con la actuación de Atenas en el exterior respecto a sus aliados, puesto que éstos, en sus intentos de defección, son objeto de duras represiones.

El pueblo, ante esta situación de crisis económica, se deja llevar de la oratoria de los demagogos, que pretenden a toda costa una continuación de la guerra contra Esparta en lugar de una paz honrosa. Pero frente a esto el partido de la democracia moderada comienza a levantar la cabeza cada vez con más insistencia. En el 404 se concluye esta guerra con el triunfo de Esparta y el fracaso de Atenas y de todo su sistema político.

II. Sófocles

Vida

Entre las diversas opciones propuestas en torno a la fecha de nacimiento de Sófocles se piensa que la más ajustada es la que nos proporciona el Mármol de Paros, que sitúa el hecho en los años 497-496.

Sófocles pertenece, por lo tanto, a la segunda generación de este siglo V según la división que hemos establecido más arriba, aunque por su edad también se extendió a lo largo de la tercera, es decir, la correspondiente a la guerra del Peloponeso. En este aspecto es interesante mencionar la leyenda acuñada en la Antigüedad, y según la cual Esquilo habría intervenido en la batalla de Salamina, jalón importante en la defensa de Grecia frente al

invasor persa; Sófocles habría formado parte del coro de muchachos que entonó el peán en acción de gracias por la victoria, y Eurípides habría nacido ese mismo día. Evidentemente, se quería con esta invención establecer una gradación cronológica e ideológica entre los tres trágicos griegos: Esquilo sería un hombre forjado en el espíritu unitario de la Grecia de ese momento, frente al aparentemente irresistible avance persa; Sófocles pertenecería a una generación posterior a estas Guerras Médicas, pero salido directamente de ellas; mientras que Eurípides tendrá noticia de ellas ya de una manera más lejana y, consiguientemente, menos influyente en su manera de ver las cosas.

Su círculo familiar también es importante. Sófocles nace en una familia ateniense acomodada. Su padre, Sófilo, era un fabricante de armas. Recibió en su juventud una educación esmerada. Sobresalió tanto en la gimnasia como en las restantes artes: sabemos que intervino públicamente en un coro de danza, así como tocador de cítara. De su mujer Nicóstrata tuvo un hijo, Iofonte, que también fue poeta trágico; pero de una extranjera, Teoris de Sición, tuvo otro hijo, Aristón, del que a su vez nacería Sófocles el Joven, nieto preferido de su abuelo y también como él autor dramático. Pero, en fin, en lo relativo a su medio familiar vemos que Sófocles pertenece a un ambiente tradicional, lo que no quiere decir que tengamos que incluirlo entre el grupo oligarca, opuesto a la política radical de un Pericles, pero lo que es claro es que por su ascendencia familiar Sófocles pertenece a la clase de ciudadanos que, sin desdeñar los grandes ideales de la naciente democracia, no abandona por ello su relación

y dependencia con otras ideas más tradicionales, en las que predomina un pesimismo ante el poder omnímodo de los dioses.

Dejando ahora de lado su producción dramática, Sófocles intervino alguna vez en los asuntos públicos de la ciudad. Al lado de Pericles aparece como estratega en la campaña contra Samos en 441-440, al poco por lo tanto de haber estrenado su *Antígona*. Dos años antes había sido nombrado *helenotamía*, es decir, una especie de inspector de los tesoros aportados por la Liga de ciudades griegas bajo la soberanía de Atenas. Y esto coincide con la circunstancia de que ese mismo año debió de haber reformas profundas en el sistema tributario. Ya de edad avanzada, en el año 413, es elegido miembro de la *probulé*, comisión surgida tras la derrota ateniense en Siracusa, y que es un intento del partido oligárquico de frenar el poder de la asamblea popular, dado el cariz que iba tomando la guerra.

Todo esto, unido a las noticias que sobre él nos transmite la Antigüedad, nos dibuja a Sófocles como un hombre de un gran equilibrio y moderación espirituales. Sus contemporáneos, por ejemplo Aristófanes en su comedia *Las ranas*, nos lo describen como una persona de un carácter apacible y feliz, lo que no deja de estar en agudo contraste con la profundidad trágica de sus personajes, que saben hacer frente decidido y firme al inexorable destino divino.

Sobre la fecha de su muerte tenemos datos más seguros que sobre su nacimiento. En el Proagón de las Dionisias, presentación de las diversas compañías de teatro que intervendrían pocos días después en los concursos dramáticos, en el año 406, Sófocles hizo aparecer a su

coro y a sus actores vestidos de negro por la reciente muerte de Eurípides, lo que nuevamente nos vuelve a reflejar su espíritu piadoso. Sin embargo, ya había muerto cuando al año siguiente Aristófanes puso en escena su comedia *Las ranas* en las fiestas Leneas. Sófocles había muerto en el intermedio.

Obra

El filólogo alejandrino Aristófanes de Bizancio, siglo III-II a.C., poseyó 130 tragedias de Sófocles, de las que siete se tenían por espurias. A nosotros nos han llegado los títulos de 124 (para los problemas que ha planteado este número a la crítica filológica, cf. la introducción a los *Fragmentos* sofocleos que he hecho para la Biblioteca Clásica Gredos). Todos estos datos nos hablan de la gran producción dramática de nuestro autor y, a la vez, de la penuria de lo que realmente conservamos. Además, es de destacar el hecho de que, según noticias antiguas, con frecuencia obtuvo el primer puesto en los concursos dramáticos, y nunca quedó en tercer lugar, dato este que se valorará en su justa medida si tenemos presente que a menudo entró en rivalidad con Esquilo primeramente y luego con Eurípides.

De toda esta vasta producción sólo conservamos enteras siete tragedias: *Áyax*, *Las Traquinias*, *Antígona*, *Edipo Rey*, *Electra*, *Filoctetes* y *Edipo en Colono*, a lo que hay que añadir el drama satírico *Los Rastreadores*, que conservamos en una gran medida gracias a un papiro descubierto en 1907.

En lo referente a la cronología, sólo tenemos dos fechas exactas documentadas, y son el año 409 para su *Fi-loctetes*, y el 401, después de su muerte, para el *Edipo en Colono*. Con una menor seguridad, aunque con gran probabilidad, *Antígona* se cree que fue estrenada el 442. Para ordenar el resto hay que recurrir a procedimientos que podríamos llamar internos, es decir, a motivos literarios, o a relaciones entre alusiones del texto y la vida real de la ciudad o a otros varios. Según esto últimamente se suele coincidir en darles un orden cronológico como el que acabo de exponer más arriba al enumerarlas.

Sobre las cuatro primeras tragedias, motivo de la posterior traducción, hablaremos más tarde y con más detenimiento. Hagamos, pues, ahora alusión a las otras tres, precisamente las tres últimas cronológicamente de las que conservamos.

Electra, como su título ya indica, pertenece a la leyenda de Agamenón, general en jefe de la expedición griega contra Troya, que al volver a su patria, Micenas, muere a manos de su mujer Clitemestra, unida ilícitamente a Egisto. Ante la muerte de su padre, sus hijos, Orestes y Electra, se ven en la obligación de vengarle, tema este que será el contenido de *Las Coéforos* de Esquilo. También Eurípides escribe en el año 413 una tragedia con el mismo título que ésta de Sófocles, y la crítica moderna vacila al considerar cuál de las dos puede ser anterior a la otra, aunque lo que sí es cierto es que no están muy alejadas en el tiempo la una de la otra.

Tenemos, por lo tanto, un hecho corriente en el teatro griego: un mismo tema, en este caso la venganza de la muerte de Agamenón por parte de sus hijos, tratado por

los tres trágicos griegos llegados hasta nosotros. Y, como es también lo normal, el tratamiento de cada uno es diferente, según la particular ideología y enfoque de la situación.

En *Las Coéforas* de Esquilo el tema central de la obra es el hecho mismo de la venganza: ha habido una muerte que requiere una justificación; lo de menos será quién y cómo se ha de llevar a efecto, lo importante es que ha de cumplirse. En la *Electra* de Sófocles el enfoque es diferente. Ahora el centro de la pieza es la propia Electra. Lo que persigue Sófocles con su tratamiento de este tema común es diseñar el proceso psicológico de la heroína ante la obligación de la venganza. En Esquilo la escena de la llegada de Orestes del exilio y el consiguiente reconocimiento de los dos hermanos se producen al comienzo de la obra y, a partir de ese momento, Electra pasará a un segundo plano. En Sófocles es diferente. La muchacha domina la acción de principio a fin, Orestes aparecerá ya muy avanzada la tragedia. El arte de Sófocles se centrará en ir describiendo el avance paso a paso de Electra en su decisión de ser ella misma la que lleve a cabo la venganza. En tercer lugar, la *Electra* de Eurípides vuelve a poner el centro de la obra en el hecho de la venganza, pero la distancia del tratamiento euripídeo y el de Esquilo es semejante a la que había entre sus propias ideologías: Esquilo es un demócrata de la primera época, de los acuñados en la guerra contra el poder persa, con lo que ello significa de ansia de unión y concordia; Eurípides, por el contrario, es un hombre plenamente imbuido de las ideas avanzadas de la ilustración sofística, y las gestas contra el persa no son más que relatos de sus mayores.

Ahora bien, debemos decir que en *Electra*, e igualmente en las otras tragedias posteriores, no nos encontramos con el típico conflicto trágico de Sófocles entre el hombre y la divinidad, como sucede en *Áyax* o en las otras tres que en este volumen traduzco. Aquí ya no se da ese contraste inconciliable entre la determinación del hombre y el designio divino, ya no tenemos esa situación del hombre desconocedor e impotente ante el orden del mundo. Desde esta tragedia de *Electra* en adelante nos encontramos primordialmente con la descripción del sufrimiento de un protagonista que va avanzando camino de su liberación.

En el año 409, Sófocles estrena su versión de *Filoctetes*. Es el tema del héroe Filoctetes que, enrolado en la campaña griega contra Troya, es abandonado en la isla de Lemnos por causa de la hedionda herida que le causó la mordedura de una serpiente, y que hacía que su trato fuese insoportable para los demás. En los momentos últimos de la guerra un oráculo hace saber a los griegos que no tomarán Troya si no es hecho venir Filoctetes, que con su arco portentoso, regalo en otro tiempo de Heraclides, llevaría a término victorioso la expedición.

La acción desarrollada por los tres grandes trágicos griegos sobre este tema consiste en la traída de Filoctetes a Troya desde Lemnos. No sabemos mucho sobre el tratamiento que le dieron Esquilo y Eurípides, pero los datos que al respecto nos han llegado nos hacen pensar que Sófocles introdujo importantes variaciones. En su versión se destaca la pintura desgarradora de la situación doliente de este anciano, abandonado en la mayor miseria y soledad, pero también las intrigas y tretas de Odi-

seo, que junto a Neoptólemo viene ahora a Lemnos con orden de llevar al anciano a Troya. Filoctetes, a pesar de su situación miserable y de los diversos engaños que urde Odiseo para llevárselo, al final se mantiene en su postura heroica de no ceder ante los que antes le traicionaron y ahora le reclaman. La obra en un momento parece que va a concluir así, pero Sófocles no puede variar esencialmente el contenido de la leyenda y, según ésta, Filoctetes vuelve a Troya. En esta situación, cuando ya la tragedia parece que se encamina a su desenlace con la negativa insolucionable de Filoctetes, Sófocles hace aparecer a Heracles en lo alto, utilizando el procedimiento tan querido a Eurípides del *deus ex machina*, y ante la petición de Heracles, Filoctetes cede.

La última obra sofoclea llegada a nosotros es *Edipo en Colono*. El mismo Sófocles murió sin verla representar, y sería en el 401 su nieto Sófocles el Joven el que la estrenara.

Esta tragedia, evidentemente, es una continuación temática de *Edipo Rey*. En esta última hemos visto a Edipo expatriarse de Tebas en medio de la desgracia y el dolor. Ahora, en *Edipo en Colono*, Sófocles nos presenta al héroe ya anciano y próximo a su final, y toda la tragedia está encaminada a la exaltación de este personaje en su última hora. Pero también hay una glorificación de Atenas, de su Atenas, de la Atenas a la que Sófocles ha entregado todos sus desvelos y afanes: en su eterno peregrinar Edipo llega a Atenas precisamente cuando su existencia está a punto de concluir, pero ahora los dioses quieren dignificar con la categoría de héroe al pobre anciano ciego, y es en este momento cuando Sófocles hace llegar a